

DILEMAS Y DESAFIOS DE LA PROFESION DE TRABAJO SOCIAL

• Ponencia presentada por Gabriel Gyarmati, profesor del Instituto de Sociología de la Pontificia Universidad Católica de Chile, durante el Encuentro Nacional de Asistentes Sociales de Salud, realizado en Santiago el 7 de julio de 1995.

Más que hacer planteamientos propiamente tales, la intención de este ensayo es presentar algunas interrogantes que me surgen en torno al Trabajo Social, al visualizarlo fundamental-

mente desde el ángulo de la sociología. Por eso, aun cuando muchas de las cosas que diré tendrán la forma de una afirmación, en el fondo no son sino preguntas.

Todas las profesiones están permanentemente enfrentadas con problemas de diversa índole, generalmente como resultado de cambios en las ciencias en que se basan, cambios en la estructura de la sociedad y en la ideología que predomina en ella, lo que conduce a nuevas expectativas en relación con la profesión. Ya que la sociedad, especialmente en nuestra época, cambia permanentemente, para este tipo de dificultades, soluciones únicas y finales no existen.

Pero, dentro de este marco general, creo que el Trabajo Social está enfrentado con más problemas de fondo que la mayoría de las profesiones. Casi todos estos problemas están relacionados, directa o indirectamente, con la identidad profesional.

GABRIEL GYARMATI
Instituto de Sociología
P. Universidad Católica de Chile

A diferencia de las ciencias propiamente tales, que generalmente son monodisciplinarias (física, química, matemáticas, etc.), las profesiones, casi por definición, son multi-

disciplinarias. Hay varias ciencias que integran el acervo de conocimientos que permiten a las profesiones desarrollar las actividades que les son propias. Y mientras mayor el número y variedad de estas ciencias, mayor es la capacidad de la profesión de enfrentar con éxito los problemas que caen dentro de su esfera de competencia. Así, por ejemplo, la medicina se basa en la biología, la química, la psicología, y varias disciplinas más; la ingeniería tiene por base las matemáticas, la física, la química, la economía, etc. Sin embargo -y esto es de suma importancia-, por encima de esta variedad existe un tronco común que define el campo de acción de la profesión respectiva. Las diversas disciplinas no forman una mera agregación, sino que son las ramas del mismo tronco grueso. Ese tronco es el que representa la actividad central de la profesión, sus metas, su razón de ser y su justificación social; es el que da a la profesión su propia

identidad. Sin esa identidad claramente definida, las diferentes disciplinas y tipos de conocimiento formarían una simple mezcla, sin lograr constituir una profesión propiamente tal.

En el caso del Trabajo Social, las disciplinas más importantes que la configuran pertenecen a las ciencias sociales: psicología, sociología, antropología, derecho, etc. La pregunta que debe plantearse es: ¿más allá de este conjunto de conocimientos, existe una identidad propia del Trabajo Social, que la diferencie claramente de las disciplinas que entran en su formación? ¿Tiene un campo de acción propio, rigurosamente definido, dentro del cual los miembros de la profesión se consideren técnicamente capacitados para actuar, y que las otras profesiones y ocupaciones no invaden por saber que carecen de la competencia necesaria (situación generalmente reforzada por disposiciones legales)?

Ciertamente, los límites de las respectivas esferas de competencia y, por ende, las relaciones entre las diferentes profesiones, no siempre son absolutamente claras y tajantes. Por ejemplo, en ciertas áreas actúan tanto la medicina, específicamente la psiquiatría, como la psicología. Ocurre algo similar entre la ingeniería, la arquitectura y la construcción civil. Hay áreas grises en los límites que las separan. Pero en la parte medular de sus actividades, hay un consenso casi total en cuanto a sus respectivas esferas de competencia. Y ello gracias a su clara identidad propia, definida en los términos recién señalados. Este mismo factor influye también poderosamente en la relación del profesional con su empleador. En caso de una identidad fuerte y, como consecuencia, una clara esfera de competencia, en último término es el profesional -y no el empleador- quien determina qué hay que hacer en una determinada situación, y cómo hacerlo, en base a los conocimientos, reglamentos y métodos definidos por la profesión respectiva. El empleador puede plantear el problema que es preciso enfrentar, y sugerir maneras de proceder, pero la decisión final corresponde al profesional.

Mirándolo desde esta perspectiva, me parece que el Trabajo Social se encuentra en una situa-

ción poco clara, lo que influye negativamente, tanto en sus relaciones con las otras profesiones en general, como también con el empleador. Superar esta ambigüedad requerirá un estudio a fondo de la naturaleza de la profesión. Y un aspecto fundamental de este estudio debe ser el análisis de la inserción del Trabajo Social en la sociedad global, especialmente desde el ángulo de su posición, vale decir su ideología, respecto a los problemas de estabilidad y de cambio sociales.

El campo específico del Trabajo Social son los problemas que básicamente surgen de las desigualdades sociales y económicas. Hay a lo menos tres maneras en que una sociedad puede reaccionar frente a tales problemas:

- (a) Aliviar los efectos negativos o síntomas del problema para el individuo o grupo afectado, sin enfrentar sus causas de fondo;*
- (b) Tratar de introducir cambios en la institución específica que se visualiza como la causante del problema en cuestión;*
- (c) Intentar una reestructuración de la sociedad, al introducir modificaciones de envergadura en el sistema institucional vigente, tratando de eliminar o disminuir las desigualdades sociales que están en el fondo de los problemas.*

Casi todas las políticas y programas sociales se inscriben en el primer enfoque. Tienen como meta la atenuación de los efectos más notorios de la marginación social y económica, pero sin atacar las desigualdades que originan dicha marginación. De esta manera, se suavizan algo las consecuencias de la pobreza, pero sus causas quedan incólumes. Este enfoque se basa en el supuesto, generalmente implícito, de que el problema surge de algún defecto del individuo: su falta de motivación, de espíritu de trabajo, de iniciativa o algo así. En consecuencia, lo que procede hacer es ayudarlo a resolver su problema inmediato y, de paso, tratar de cambiar su estructura psicológica que supuestamente dificulta su inserción adecuada en la sociedad. En el fondo, lo que se trata de hacer es ajustar el comportamiento del individuo al sistema imperante -aunque éste sea injusto- en el cual la po-

breza y marginalidad de sectores amplios de la población son parte inherente del mismo.

El segundo enfoque se orienta hacia el cambio de una determinada institución, como respuesta al problema o problemas detectados. Pero este método no toma en cuenta la estrecha relación entre las diversas instituciones que componen la sociedad. Tratar de modificar una sola de ellas, sin introducir cambios correspondientes en las demás, generalmente conduce a efectos meramente cosméticos; incluso puede tener resultados contraproducentes.

Finalmente, la tercera manera de enfocar los problemas que sufren determinados sectores de la población, es tratando de introducir ciertos cambios en la misma estructura de la sociedad, en la forma cómo sus instituciones están organizadas y relacionadas entre sí. Ello, con el objeto de ir eliminando las causas profundas que hacen que la sociedad, como parte de su funcionamiento normal, obligue a un sector significativo de su población a vivir en la pobreza y la marginalidad.

¿Cual es la posición que el Trabajo Social, como profesión, asume frente a estas tres alternativas?

No es una pregunta de interés meramente retórico; al contrario, está estrechamente relacionada con el problema ya mencionado: la identidad profesional.

La posición actual del Trabajo Social parece ser, a lo menos a los ojos de un extraño, poco clara. Ello, probablemente obedece a que está enfrentado con un dilema. Por un lado, los asistentes sociales necesariamente tienen que resolver los problemas concretos e inmediatos que afectan a personas o a sus familias. Pero con ello, quiérase o no, desplazan el acento de la estructura social que causa el problema a las características del individuo o grupo social que

sufre sus consecuencias. Esto se advierte claramente en la versión estadounidense del Trabajo Social; ella, me parece, tiene una marcada orientación psicológica que, como traté de mostrar, en cierta manera equivale a culpar a la víctima, al suponer que la causa de sus males es su estructura de personalidad.

En nuestro medio, me parece que el sesgo psicologizante del Trabajo Social es mucho menor. Sin embargo, también se limita, por lo menos en la mayoría de los casos, a aminorar el daño en vez de tratar de enfrentar sus causas, vale decir, las condiciones estructurales que lo producen. Pero esta limitación auto-impuesta conduce a que, en la práctica, el Trabajo Social se

convierta en un mecanismo que indirectamente perpetúa el status quo, las desigualdades y marginalidad existentes, lo que va directamente en contra de los valores de equidad y justicia social de los asistentes sociales, como también en contra de la ideología establecida de la profesión como tal.

En resumen: por un lado, los asistentes sociales, como profesionales individuales, deben ayudar a las personas a enfrentar los problemas que éstas, sin tal ayuda, no podrían

resolver. Esta es una misión irrenunciable. Por el otro lado, se sabe que tales problemas tienen causas sociales, y el Trabajo Social, como profesión, está basado en valores de justicia y equidad, lo que le obligaría a luchar contra las estructuras sociales que originan dichos problemas.

He aquí el dilema: la práctica de los miembros de la profesión en defensa de los desvalidos, tarea indispensable pero que indirectamente ayuda a mantener el status quo, se opone a la orientación valórica de la profesión misma que, si es más que mera retórica, necesariamente

«El Trabajo Social, como profesión, está basado en valores de justicia y equidad, lo que le obligaría a luchar contra las estructuras sociales que originan dichos problemas».

debe orientarse hacia el cambio de las estructuras existentes.

Este no es un dilema trivial, sólo de interés académico. Va al fondo mismo del problema de la identidad profesional y de la manera cómo la profesión se inserta en la sociedad y en el conjunto de las otras profesiones. Incide, también, entre muchas otras cosas, en la forma de integrar las diversas disciplinas al tronco común del Trabajo Social: privilegiar, por ejemplo, la psicología y la antropología o, más bien, la sociología y la filosofía política; y, en estas últimas, a cuál orientación teórica enfatizar. Significa, también, optar en el trabajo de terreno, en forma consciente y deliberada, por uno u otro entre los diversos métodos posibles de asistir a las personas que requieren ayuda.

No soy competente para ofrecer soluciones a este dilema, ni a los otros problemas que he mencionado anteriormente. Lo único que quisiera plantear es que, en mi opinión, el dilema recién señalado del Trabajo Social está

estrechamente ligado a la eventual transformación de la participación meramente simbólica, o dependiente, en participación efectiva.

La dependiente o simbólica, que prevalece en nuestra sociedad, es aquella en que «las únicas relaciones que tiene un hombre con la sociedad son aquellas que le son cedidas por la clase dirigente y que son compatibles con la mantención de sus propios sistemas de dominación» (Alain Touraine). La participación real, a su vez, consiste en la capacidad efectiva del individuo o de un grupo de tomar decisiones sobre asuntos que directa o indirectamente afectan sus múltiples actividades en la sociedad, incluyendo, desde luego, su trabajo remunerado. Es decir, estamos hablando de una redistribución del poder en la sociedad, porque la participación real implica

la adquisición y ejercicio del poder. Este tipo de participación prácticamente no existe todavía en nuestra sociedad.

A menudo se afirma que la mayoría de la gente no se interesa por una participación real; no desea asumir la responsabilidad y la dedicación que exige el ejercicio responsable del poder. Está mucho más satisfecha tal como está: pide un líder -o un asistente social- que le resuelva sus problemas; no pide participación. Pero esta aparente falta de interés por asumir las responsabilidades, los riesgos y la dedicación inherentes

a la participación, es generalmente el resultado de un círculo vicioso. Obedece al hecho de que la inmensa mayoría de la gente nunca ha tenido la oportunidad de intervenir, en forma efectiva y sostenida, en el proceso de toma de decisiones. No sabe cómo hacerlo y, en todo caso, tiene el escepticismo aprendido en cuanto a su real posibilidad.

Mi planteamiento es que son precisamente los asistentes sociales que se des-

empeñan en el área de la salud quienes tienen la posibilidad de romper este círculo vicioso. La razón es que toda estrategia de cambio debe tener como escenario principal alguna de las instituciones básicas de la sociedad. Para este efecto, el área de la salud, especialmente en el nivel de la atención primaria, aparece especialmente estratégica para dar impulso a la participación efectiva, por numerosas razones.

El proceso salud-enfermedad afecta a todas las familias y a todos sus miembros. Es parte de la vida y de las preocupaciones diarias de la gente, especialmente de las familias con niños. En consecuencia, es comparativamente fácil interesar y movilizar a las familias y a las comunidades en torno a este problema, con un profundo

«El dilema del Trabajo Social está estrechamente ligado a la eventual transformación de la participación meramente simbólica, o dependiente, en participación efectiva».

sentido de propósito. (En efecto, todas las encuestas señalan que el problema de la salud es el asunto que, después de la seguridad, más le preocupa a la ciudadanía.)

En resumen, en el área de la salud, los asistentes sociales tienen la posibilidad de iniciar y fortalecer un proceso de participación cada vez más activo. Dentro del marco de ayudar a las personas y a la comunidad a resolver los problemas que les afectan, pueden motivarlas a asumir la responsabilidad y los riesgos que entraña el manejar autónomamente su vida, en vez de resignarse a recibir sólo lo que los demás estén dispuestos a darles. Pueden facilitar la adquisición de los conocimientos necesarios para que la comunidad aprenda a tomar decisiones informadas y ejercer responsablemente la autonomía, vale decir, el poder, en el área de la salud. Para ello, los asistentes sociales deben también capacitar a la comunidad en organizarse. El poder reside en la organización, no en el individuo.

La participación real y activa, vale decir, el uso responsable del poder, tiene varios efectos. El primero, consiste en modificar las estructuras y procesos de las diversas instituciones con miras a adecuarlas mejor a los intereses de la totalidad de sus miembros. De esta manera, gradualmente se estará creando un ordenamiento institucional que beneficiará a la población entera y contribuirá a la integración de la sociedad.

Al mismo tiempo, la participación es una conducta que contribuye a robustecer la estructura de la personalidad. Fortalece la autoestima, el sentimiento de valor propio. Conduce a que el individuo sea más seguro de sí mismo, más capaz de enfrentar circunstancias nuevas sin angustia, mejor preparado para asumir la responsabilidad por su propio quehacer. Enfocado así, la participación no sólo tiene un valor instrumental; es un valor final, su propia justificación. Es la base de una filosofía social centrada en la capacidad de auto-desarrollo del hombre y, a través de ella, el camino principal hacia una sociedad más justa, más democrática, firmemente sustentada en una distribución más equitativa del poder. He aquí el camino para superar el dilema que

afecta al Trabajo Social, debido a la contradicción entre su práctica diaria, por un lado, y su compromiso con la justicia social y equidad, por el otro. Al ir resolviendo los problemas específicos de individuos y grupos que, debido a las desigualdades existentes, no pueden hacerlo por cuenta propia, podrán ir motivándolos y capacitándolos para una participación real y efectiva, promoviendo con ello los cambios que requiere la eliminación de las desigualdades y el progreso hacia una sociedad más justa y equitativa. De esta manera, se podrán integrar las dos funciones del Trabajo Social, fortaleciendo, tanto en lo conceptual como en la práctica, la identidad propia de la profesión.

Asumir esta posición ciertamente podrá provocar, en algunos casos, tensiones entre los asistentes sociales y sus empleadores. Cuando ello ocurra, tendrá que entrar a tallar el Trabajo Social como institución. Ninguna actividad que no haya sido capaz de luchar en forma organizada en aras de su propia identidad, ha logrado adquirir el status de una profesión propiamente tal.

Hay varias teorías sociales que podrían ser pertinentes a los asuntos reseñados en esta exposición. No es el momento de ahondar en ellas. Pero quiero volver a insistir en que para los grandes problemas sociales, y también profesionales, ya que estas últimas constituyen una de las instituciones más importantes de la sociedad, no existen soluciones definitivas; hay sólo maneras de hacer camino.

Una de ellas podría consistir en establecer relaciones mucho más estrechas y sistemáticas que las que actualmente prevalecen entre dos disciplinas que deberían complementarse mutuamente: la Sociología y el Trabajo Social. El tema central de la Sociología es el estudio de la estabilidad y el cambio; son también materias fundamentales para el Trabajo Social como profesión aplicada. Luego, la interacción sistemática de estas dos disciplinas no sólo sería de gran beneficio para cada una de ellas, sino también para la sociedad entera, especialmente para los sectores que más necesitan nuestro apoyo.